

Casey parece acontecer en el cruce de un modernismo que convoca los cuerpos del deseo de un modo singular. Con *El regreso y otros relatos* (2016) ese cruce parece haber encontrado un nuevo territorio.

*Carina González*  
UNSAM –CONICET, Argentina

**SANDRA ARAYA,**  
***El lobo,***  
**Quito, Campaña Nacional**  
**por el Libro y la Lectura**  
**Eugenio Espejo, 2016,**  
**130 p.**

Sandra Araya ha venido a situarse en la que podríamos llamar la “generación del 2010”. Un grupo de jóvenes escritoras y escritores ecuatorianos brillantes cuyos rasgos comunes los diferencian bien de las emblemáticas generaciones precedentes: la del Treinta, que hizo una literatura social con un sujeto claro: el Ecuador rural, feudal, con víctimas elocuentes (los campesinos indios y montubios y el naciente subproletariado urbano).

La generación del Setenta, que erigió la ciudad como personaje y escenario, el símbolo principal de un nuevo país urbano y capitalista. Y, para abreviar, luego de la nutrida narrativa comprendida entre los ochenta y comienzos del siglo XXI, de muy variada temática, este nuevo grupo de escritores muy jóvenes cuyos rasgos comunes, dicho también de modo muy sintético, muestran la clara preparación académica que les ha suministrado, de entrada, conocimiento y dominio de múltiples estrategias narrativas; escenarios internacionales, propios de la globalización actual,

y conflictos, en gran medida, intrafamiliares.

Sandra Araya, agrega, con *El Lobo*, a la literatura propicia al horror que practican sus colegas, una dimensión inexplorada: la inevitable ternura que despierta en el lector la desolación de la protagonista.

¿Quién es ella? Una niña hecha de enigmas, preguntas y soledades, que embruja al lector desde las primeras páginas. Perfecto el personaje. Mueve a la ternura, repetimos, a la compasión acaso. Una madre distante. Un padre (que no es su padre), más solicitado que presente. Otro padre (que sí es su padre), apenas una mención fugitiva. El resto es el mundo indiferente, a veces áspero y siniestro. Luego la niña que se convierte en mujer sin que sus temores la abandonen nunca. Y el gran tema de la novela, el miedo como condena, sí, pero también, asombrémonos, como deseo.

Maravilla de novela. Musical. Gran tempo. Largas síncopas. Grandes momentos. El recurso narrativo de la “retención de datos” manejado poéticamente. El Miedo, Con mayúscula, atraviesa las páginas de la novela como un leitmotiv enigmático y, curiosamente, protector. Vale explicarnos. Es una presencia que irrumpe, en los momentos de peligro, no para perseguir o atacar a la protagonista, como suele suceder

en los relatos fáciles, sino para ampararla y salvarla de las reales o soñadas amenazas del mundo. Es un ángel de la guardia. Pero un ángel salvaje. Un monstruo secreto en retaguardia, un ente invisible, inasible y constante. Da para largas interpretaciones sicoanalíticas. No son necesarias. Porque el relato nunca renuncia a su materia poética. Como toda gran literatura. En ese campo debemos juzgarlo y decir, sin equivocación posible, que la joven autora ha logrado entregarnos una novela delicada y profunda. Unas páginas que no desmerecen de las mejores del Henry James de *Otra vuelta de tuerca*.

*Abdón Ubidia*